La Herencia de Aníbal Ponce a los Intelectuales Revolucionarios de México

El trabajo que insertamos a continuación se debe al ilustre escritor argentino Anibal Ponce, muerto hace poco entre nosotros, y que con razón era reputado como el más vigoroso pensador revolucionario de nuestra América. Fué, originalmente, una conferencia leída ante el Comité Ejecutivo de una organización de intelectuales de izquierda de México, cuyo nombre no mencionamos por dos razones; primera, para no herir susceptibilidades; y, segunda, porque las orientaciones y justas críticas que contiene pueden considerarse como de carácter general. Por su alto valor, este trabajo es indudablemente acreedor al título que encabeza estas líneas.

Los compañeros del Comité Ejecutivo de esta organización (1) me han confiado esta noche una misión muy difícil. De mucha responsabilidad, por una parte; de impertinente sinceridad, por la otra. "Díganos usted —me han dicho— lo que se piensa de nosotros en América; cuéntenos lo que se comenta, se elogia o se critica". Demasiado bien sé que no es precisamente la verdad lo que a un escritor revolucionario puede volver espantadizo o apocado, y que dentro de la lucha en que hemos comprometido nuestra vida están de más los discursos que desfiguran la realidad, ocultan los defectos o sobreestiman las fuerzas. Pero no sé si hoy, tan luego hoy en que esta organización se ha vestido de fiesta, es el momento oportuno para detenernos un instante, abarcar en amplia perspectiva una labor de varios años, y asumir la responsabilidad de un juicio estimativo que puede alcanzar, por momentos, la solemnidad de un examen de conciencia.

Porque eso, nada menos que eso, es lo que yo desearía que fueran mis palabras. No me hubiera animado a decir lo que de esta organización pensamos en América, si no tuviera la convicción de que, al enjuiciarla, quizá contribuya yo, como vocero de tantos otros escritores, a remover cierto sosiego pernicioso, a llamar la atención sobre algunos aspectos descuidados, a sugerir —ojalá— el proceder que va implícito en el propio prestigio continental de la agrupación. Y puesto que soy uno de sus miembros, y desempeño además la secretaría de exterior, creo innecesario agregar que en todo lo que yo comente o critique irá no sólo la observación del escritor que la contempla desde afuera, sino el cariño y el respeto de quien, sabiéndose responsable también de su conducta, aspira a verla, cuanto antes, ejerciendo de veras en América Latina el mayorazgo intelectual que el continente entero está dispuesto a aceptar.

Por su revolución agraria, primero; por la obra genial de un puñado de pintores, después; por alguna novela quizá; por el rumor que nos llegaba de la construcción ésta o del proyecto aquel, México ejerció hace años en América Latina una atracción poderosa, una gravitación irresistible. Frenada más tarde su revolución, por motivos que no tengo por qué analizar, esa fascinación se fué atenuando hasta convertirse poco a poco en el desencanto agresivo del que ha confiado en alguien demasiado.

La reacción mientras tanto arreciaba en América. Dictaduras abiertas o dictaduras hipócritas, al servicio de las oligarquías más indignas, terminaron en poco tiempo con las escasas conquistas de nuestras democracias. Y una a una fueron desapareciendo, la libertad de sufragio, la libertad sindical, la libertad de escribir. Un clima de oprobio —asfixiante hasta la desesperación— fué extendiéndose sobre todo el continente. Delitos medioevales, como el "sacrilegio" y la "blasfemia", que creíamos olvidados para siempre, renacieron de pronto entre un bisbiseo de rosarios; aparatos de tortura que hasta entonces sólo habíamos conocido en los museos, comenzaron a ser los instrumentos preferidos de las policías y de los juzgados. La denuncia, la persecución, el terror, cortaron las alas a toda inquietud renovadora, amordazaron el movimiento estudiantil y obrero, llenaron las cárceles con profesores, periodistas y poetas. Desde la escuela hasta la universidad, desde la tribuna hasta la

(1) Donde se lee "organización", en el manuscrito original aparecía el nombre de la agrupación a que se refiere Aníbal Ponce.